

La constancia del amor de Cristo, nuestro consolador

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13:1)

John Nelson DARBY

biblicom.org

Índice

0 - Prefacio	3
1 - Los 3 tipos de personas	3
2 - La indiferencia	3
3 - El odio	4
4 - La traición	4
5 - Los discípulos	4
6 - El carácter del amor de Cristo	5
7 - El contraste entre la atmósfera del cielo y la de la tierra	5
8 - ¿Qué es la gracia?	5
9 - La gracia vino a buscarnos	5
10 - Jesús es todo lo que necesitamos	6
11 - Lo que significa participar de este amor	6

0 - Prefacio

Es evidente que Jesús se dirige aquí a los discípulos que le rodeaban; pero lo que vemos de Jesús en esta escena atrae el alma hacia él. Lo que atrae al pecador, lo que le da confianza, es lo que el Espíritu Santo revela de Jesús.

Deseo que consideremos lo que se encuentra en el versículo 1, a saber, la constancia del amor de Cristo, un amor que nada ha podido enfriar ni debilitar. Si pensamos en lo que eran los discípulos, el mundo y los adversarios, encontraremos que Jesús tenía 1.000 razones para poner fin a su amor.

1 - Los 3 tipos de personas

Vemos a su alrededor 3 tipos de personas: los discípulos, los indiferentes y los adversarios. Estos últimos son más especialmente los hijos del diablo. Son aquellos que, cuando vieron que el Señor iba a establecer el reino y reinar sobre estas cosas, dijeron: «No queremos que este reine sobre nosotros» (Lucas 19:14). Hay personas que, desde lo más profundo de su corazón, están convencidas de que Jesús es el Cristo, y no lo quieren. Los adversarios pueden alejar a los indiferentes. Todo lo que había en este mundo era susceptible de destruir el amor de Jesús, si no hubiera sido perfecto e inmutable; porque nada hierde más al amor que la indiferencia.

Amamos naturalmente el pecado y querríamos hacer uso de todo lo que Dios nos ha dado para satisfacer nuestros deseos. Jesús vio todo esto. Vio el estado repugnante de este mundo y dijo: «¿Hasta cuándo estaré con vosotros y os soportaré?» (Lucas 9:41). Cuando estamos en la luz de Dios, es cuando juzgamos el pecado.

2 - La indiferencia

¿Hay padres que no desearían que sus hijos eviten la corrupción que ellos mismos conocen? Es porque Jesús conocía el triste estado del hombre que la gracia le llevó

a venir a sacarlo de allí. Dios lo ve todo. En su compasión, conoce todo para responder a nuestras necesidades. Pero ¿qué encuentra? La indiferencia del corazón. El corazón del hombre natural ve en Jesús algo despreciable. No puede reconocer su propio estado y no quiere estar en deuda con Dios para salir de él. Prefiere permanecer indiferente hacia este Dios que lo ama; y, una vez más, recordemos que no hay nada que desaliente más el amor que la indiferencia.

3 - El odio

Jesús también se encontró con el odio. Todos los que no amaban la luz, porque sus obras eran malas, odiaban a Jesús. El orgullo, la seguridad carnal, la voluntad propia, todo en el hombre rechazaba a Dios. No había nada en esa impureza, en esa indiferencia y en ese odio que pudiera atraer el amor de Jesús. Ese amor podría haberlo llevado a abandonar cuando, por ejemplo, Jesús vio que Judas lo traicionaba.

4 - La traición

Si alguien nos traicionara, estaríamos demasiado ocupados con nosotros mismos para pensar en aquellos que no quieren traicionarnos. No era el caso de Jesús.

5 - Los discípulos

Aunque abundaba la iniquidad, Jesús mostró todo su amor; al final, ¡sus propios discípulos lo abandonaron! Los que le amaban eran tan egoístas y esclavos del miedo a los hombres que era imposible que Jesús contara con ellos. Así es el corazón del hombre: aunque un hombre ame a Jesús, su corazón no tiene ningún valor. Jesús tuvo que amar en presencia de un odio que nunca se atenuó.

6 - El carácter del amor de Cristo

Él nos amó incluso cuando estábamos cubiertos de impureza, indiferentes, llenos de odio contra la luz y le negamos 1.000 veces. Quien se conoce mejor a sí mismo sabe mejor que nadie cuánto es esto cierto. Si tratáramos a un amigo como tratamos a Jesús, nuestra amistad no duraría mucho tiempo.

7 - El contraste entre la atmósfera del cielo y la de la tierra

¡Qué contraste encontraremos si consideramos cuán diferente es lo que Jesús encontró en la tierra de lo que disfrutaba en el cielo! Allí arriba, encontraba el amor del Padre, y en presencia de ese amor perfecto, la pureza de los suyos no podía manifestarse, porque no encontraba ningún obstáculo. Pero aquí abajo, recordando lo que había dejado, ama a los suyos, incluso en su impureza; esta impureza atrae incluso sobre ellos su compasión.

8 - ¿Qué es la gracia?

El objeto de la gracia es la iniquidad y el mal. ¡La indiferencia de los suyos demostraba a Jesús toda la extensión de su miseria y la necesidad que tenían de él! El odio del hombre mostraba que el hombre estaba perdido. Dios vino a buscar al hombre, porque el hombre no estaba en condiciones de buscar a Dios. ¡Cuántas cosas soportó Dios! ¡Qué indiferencia, qué traición, qué renegaciones! Sin embargo, nada detiene a Jesús: Él ama a los suyos hasta el final. Actúa según lo que hay en su corazón, y toda la maldad del hombre no es para él más que una ocasión para manifestar su amor.

9 - La gracia vino a buscarnos

El Señor hizo todo lo necesario para restablecer el alma en una relación con Dios. Pecadores como somos, la gracia de Dios vino a buscarnos. La justicia y la Ley exigen

que el mal y los malvados sean eliminados. Juan el Bautista exigía arrepentimiento; ese fue el comienzo de la gracia. Pero la gracia pura (lejos de decirle al hombre: “Deja tu estado y ven a mí”) viene por sí misma al hombre en su pecado; entra en relación con él, para que Dios sea manifestado mucho más que si no hubiera habido pecado.

La gracia aplica lo que hay en Dios a la necesidad producida por la ruina en la que nos encontramos. Jesús ama hasta el final.

10 - Jesús es todo lo que necesitamos

¿Qué consuelo saber que Jesús es todo lo que necesitamos para todo lo que somos! Esto nos coloca en lo que es verdadero y nos lleva a confesar el mal que hay en nosotros y a no ocultarlo. Solo la gracia produce sinceridad (Sal. 32:1-2). Un hombre que tiene una profesión que seguir desea parecer fuerte incluso cuando es débil. La gracia produce la verdad, nos hace reconocer la debilidad y la fragilidad en las que nos encontramos. Si estuviéramos en el lugar de Pedro, haríamos lo que hizo Pedro, si no fuéramos guardados.

Jesús ama a los suyos que están «en el mundo», en su peregrinación y en sus circunstancias, a pesar de su miseria, su egoísmo y su debilidad. Todo lo que Satanás podía hacer, y todo lo que había en el hombre, era de naturaleza tal que obstaculizaba el amor de Jesús; sin embargo, él los ama «hasta el fin».

11 - Lo que significa participar de este amor

¿Pueden ustedes decir?: “Participo de este amor, a pesar de mi debilidad. He comprendido la gracia y la manifestación en Jesús del amor del Dios invisible”. ¿Han reconocido que era necesario que Jesús viniera al mundo para que sus almas no fueran al lugar donde hay «llanto y crujir de dientes»? (vean [Lucas 13:28](#))

¿Hemos tomado la decisión de reconocernos tal como somos? Esto es desagradable para la carne, es doloroso; la espina de Pablo era algo que le decía continuamente: “Eres débil”, y precisamente por eso Dios permitía que permaneciera. ¿Está la carne lo suficientemente mortificada en nosotros como para que nos satisfaga que Jesús sea todo y nosotros nada, y para que nos regocijemos al ver nuestra debilidad, ya

que manifiesta la fuerza de Dios en nosotros?

Jesús no ha olvidado ninguno de nuestros deseos. El corazón libre de todo egoísmo solo piensa en lo que haría el amor. Así, Jesús, en la cruz, no se olvida de su madre, sino que la encomienda al discípulo que amaba.